EDICIONES DE LA
DELEGACIÓN PROVINCIAL
DE LA SUBSECRETARÍA
DE
EDUCACIÓN POPULAR
ALMERIA

IMP. VILLEGAS - ALMERIA

AL-/F.2.-10

TADEA FUENTES VAZQUEZ

El clasicismo vital de Cervantes

ALMERÍA

1948

AL/F 2-10

TADEA FUENTES VAZQUEZ

El clasicismo vital de Cervantes

ALMERÍA

1948

AL/F 2-10

Esta Conferencia fué leida en el Salón de Actos de la Biblioteca Municipal « Francisco Villaespesa » día 17 de Diciembre de 1947 con motivo del IV Centenario de Cervantes.

Esta Conferencia fue leída
en el Salón de Actos de
la Biblioteca Municipal
« Francisco Villaespesa »
día 17 de Diciembre de 194
con motivo del IV Centena
rio de Cervantes.

EXISTEN hombres que hacen de sus vidas perfectas y acabadas obras de arte. Yo recuerdo la personalidad de Goethe, de Lope, de Byrón, de Garcilaso; siempre, ante Goethe y ante nuestro Lope, buscamos al hombre más allá del escritor o del dramaturgo. Cuando empezamos a estudiar literatura, instintivamente, unas veces cogemos biografías, otras veces cogemos obras y otras nos pasamos la tarde en la Biblioteca leyendo revistas, periódicos o documentos historico-sociales de la época. Y es que hay hombres, obras y épocas. Hay grandes épocas caracterizadas por un solo hombre (Pericles, Napoleón Rousseau, o Santo Tomás de Aquino). Hay otras que con personalidad rotunda y viva, se nos imponen por ellas mismas (el Renacimiento italiano, el Romanticismo, porque el héroe romántico no es la más de las veces que un solitario; mejor dicho es un solitario accidental, vestido de soledad, pudiéramos decir; y desde luego, ajustado dentro de la gran sinfonía de muerte y amor que levantó el Romanticismo europeo). A Shakespeare le envidiamos por su Hamlet, a Goethe por su vida. Son estos hombres enormes los que resaltan—gigantes o molinos de viento—en el campo iluminado del mundo del arte. Ellos son las torres. Sus vidas son fracasos estrepitosos o gloriosas odas de

triunfo. Son los héroes que se hacen protagonistas de sus propias vidas y que se redimen por la acción.

Y también otros hombres. Los héroes desencajados, diría yo. Desencajados en todos los sentidos de la palabra. Verdaderos desterrados que viven la nostalgia platónica del recuerdo incesante, avivada con la lucha desmesurada de ellos frente a las circunstancias. Y estos hombres hacen de su no-vivir otra perfecta y acabada obra de arte. Son los héroes de la verticalidad, positiva o negativa. No hay salvación hacia el cielo o hacia la tierra. Los anhelos rompen la estrechez de sus vidas y viven ellos libres corpóreos de luz o de tiniebla.

En su "escondida vida", San Juan de la Cruz vuela "tan alto tan alto" que cuando quiere razonar y hacer teología, este vuelo ni se encuentra ni sabe donde llegó. Fernando de Rojas sueña con el amor de Calixto mistico, Shakespeare en el Norte evoca la estética mediterránea. Don Miguel de Cervantes, cautivo de lo cotidiano, crea un Quijote loco por horizontes ilimitados.

Son estos hombres trágicos los Prometeos encadenados de la Humanidad, los audaces que pagan a los dioses el robo del fuego sagrado. Prometeos esclavos de su propia clarividencia; que han venido a la tierra con la Verdad y la Justicia quemándoles los labios y han de vivir en ella encadenados por el horrendo pecado de la Ciencia y la Sabiduría verdaderas. Pues ¿hay para ellos una tortura mayor que la apariencia de verdad? Huyendo de ellos mismos estos hombres luchan buscando caminos de salvación ya que no de perfección. Si un piadoso velo de infantilismo no les recubre la mente torturada de luz, si una flor o un verso no les satisface su sed de Belleza, si "los pájaros en el cielo y los peces en la mar" es decir: El Clasicismo de la Naturaleza no les sacian su hambre, de Jus-

ticia, estos hombres sin sombra y sin tiempo viven en la muerte, en la estatica y esteril muerte de los vivos.

Don Miguel de Cervantes no sabe aun de Castilla, no sabe aun de la tierra tierra, cuando vuelve cargado de luz mediterránea ella. Don Miguel—ojos en el alma joven—viene de Nápoles, de Lepanto, de Argel. Don Miguel ha contemplado las formas divinas del mundo; este mundo clásico, blanco y pulido del Sur; el mundo del orden, de la Justicia estética —pudiéramos decir—. Ha conocido un Dios hermano de las Musas e hijo de la Inteligencia: Apolo, la belleza expresada, plasmada en oda o en estatua. Desde ahora Cervantes va a sentir en su vida el imperativo clásico de la Verdad como Belleza y como Amor. Cervantes ya sabe del Paraiso Perdido. ¡He aquí el terrible problema de los hombres del Sur!—¡Aquella Edad y aquellos dichosos siglos, que los antiguos pusieron nombres de dorados!—Virgilio lanza sus quejas y se hace pastor o héroe troyano! Qué trágica esta nostalgia de Belleza, mejor aun de Unidad! Sueñan los hombres con el Uno redentor de luchas y contrarios, redentor del Bien y del Mal. Sueñan con la acorde música de las Esferas, el orden establecido, la arquitectura de las cosas desnudas, la luz, luz sobre todo, inteligencia, conciencia, consciencia, más luz aun; los hombres luchan con la sombra, con la muerte, con el individuo. La mujer íntegra frente al hombre íntegro, lo masculino y lo femenino, el individuo frente al individuo. Platón intelectual, ha forjado este mundo donde la verdad es la esencia de las cosas. Estos hombres persiguen las esencias. Se alzan, contra esto y contra aquello cuando chocan duros, inquebrantables, contra la vida fluida y misteriosa de los humanos caidos en la sombra, del amor oscuro, de la Belleza que pasa y la verdad flexible y cotidiana.

Miguel de Cervantes aprendió estas cosas en los libros y

luego fué a Italia. Él no quería saber nada más. Vivía su Odisea por los puertos blancos, las islas verdes y el már azul de los héroes antiguos, Eneas y Ulises. Vivia su Iliada y D. Juan de Austria—águila, Victoria alada en la proa de los barcos de España—era para él un nuevo Aquiles invencible. Perdió una mano y perdiera su vida éticamente, en la lucha por aquella Helena que era para él la gloria de su España imbatida.

Él también, bañado en sangre de dragón o en fuego sagrado, era un nuevo Invencible frente a la realidad. Argel fué solo un tránsito. ¿Qué importaba el cautiverio entonces? Algún encantador tenía la culpa, estaba seguro.—Y el mundo se salvaba—.Al fin y al cabo, cautiverio era una palabra honrosa y los caballeros andantes están sujetos a esa y a otras muchas desventuras—y la justicia se mantenía intacta.

Don Miguel de Cervantes no sabe aun de Castilla cuando vuelve bañado en el fuego sagrado. Miguel de Cervantes es ahora el caballero de la Fé.

Y llega a Castilla. La patria de Celestina y Calixto, de los santos, de los místicos, los teólogos, los pícaros, los vagabundos y los hidalgos. Llega a Castilla, "tierra que bebe tierra y masca tierra", polvo contra polvo, sudor de trabajo duro, cielo y más cielo, miseria y grandeza de la tierra. Cervantes apenas entiende. Hay un gesto sublime de espera y confianza. Sin inquietud, con mesura. con su señera mesura busca un Paraiso de Amor y Justicia, y ! lo busca en España ¡ Miguel de Cervantes escribe la Galatea, y espera, espera: Promete una segunda parte que nunca escribió.

Me da miedo ver ahora a Cervantes solo. Solo y demasiado sincero para consigo mismo ¿ qué va a ocurrir ?. Pero no puede detenerse. Paso a paso, fatalmente se va acercando a descorrer el velo de Maya. La virginal fé de Cervantes no comprende y, con la cabeza entre las manos, cierra los ojos a la

luz. Pero, como un nuevo iniciado, en los misterios, se le van desgarrando sus velos. Y el espectáculo de la vida sin medida tiene para él la tortura de lo incomprensible—! Este ser y dejar de ser de todo!. Hombres y virtudes. ¿Dónde están !Señor! las verdades eternas; las inmutables ideas de Justicia y Amor?

Frente a esto, Cervantes va vislumbrando un nuevo Dios: la Discordia y no entiende:

Nunca a disparidad abre las puertas
mi corto ingenio; y hállalas contino
de par en par, la concordancia abiertas

Mas, tiene que entender ¡tiene que entender! Tiene que abrir de par en par sus puertas a la realidad, porque Cervantes no puede engañarse ni puede escaparse.—¡Los gigantes son Molinos de viento! No existe Dulcinea. Los gigantes son molinos de viento. ¡Molinos de viento! ¡Molinos...! Que angustia de su carne desnuda, azotada por este viento duro de tierra y más tierra!

Cervantes aprende. Aprende muchas cosas. Refranes sabrosos de Castilla, vieja Celestina de disimulos hidalgos. Aprende el Padre Nuestro de cada dia—un pan rubio y amargo para él—. Aprende a caminar, y aun aprende otra cosa importante y decisiva: aprende a sonreir. !Maravilloso poder de esta sonrisa cervantina! ¿Por qué irónica? Tranquila y consciente. Sabe ya muchas cosas.—¿Bacía o yelmo?—¿Qué más da? El ya lo sabe, lo sabe—¡Qué doloroso su saber escondido! Y un día vencen a la Invencible. El ya lo sabía.-Los años se le entregan implacables—Él también llegó un día invencible a las costas de España. Y sonríe... ¡Gracias a Dios, Cervantes tampoco es invencible, tiene un tendón de Aquiles: Su sonrisa; y por ella se le va entrando el mundo despiadadamente. Pero, Gracias a Dios, gracia le damos nosotros y Sancho—¡Sancho amigo, Sancho hijo! Plantado en el mismo

corazón de D. Quijote y en el mismo corazón de Cervantes.

Ya sabe de la duda y de «los cuerpos muertos». De los «pajes, vestidos con cruces en los sayos y diablos dentro del pecho». Sabe de la deshonestidad velada y de la honestidad hipócrita: de la doble justicia y de la doble verdad.

Y lo acepta todo con su sonrisa humana. Humana. No hay salvación y huida metafísica. Él no puede hablarnos del «ser o no ser» porque ya sabe demasiado para ello. ¿Qué importa ser o no ser cuando Ofelia haya muerto? No está aqui el problema, pese a Hamlet. El problema tiene más complejidad vital más raiz oscura, imprecisa. España no es el pais de Hamlet. Los españoles o no se plantean el problema, o a los 20 años lo tienen resuelto. España, es cierto, no es el país de la duda, mejor aún: De lo relativo; Es el país de la fé y de lo absoluto. Puede hablarse aquí de inmortalidad, de «muero porque no muero» pero ésto no es negación de la vida, esto no es pietismo; es amor y espera desesperada de más amor. España, ya lo sabemos, es el pais de la mística activa o de los inconscientes de moral Sancho—pancista indiscutiblemente humano, muy natural y limpiamente humano.

He aquí a Cervantes frente a España. Frente a la desnudez castellana, entregado, enriqueciendo su intimidad de comprensión y amor.

Mira a Sancho. Amor. Ha sido doloroso empequeñecer su Amor. Ahora Cervantes conoce el amor nimio de una flor y un atardecer, un amor con minúscula a su novia oscura, a los niños, a sus gitanicas honestas, a las cosas gustosas y fieles, y a los hombres amigos y desleales. Y un día conoce una verdad insospechada: Amor no es Belleza. La Belleza puede no ser la Verdad. Cervantes torturado siente un derrumbamiento muy adentro, pero mira a Sancho bueno, a Preciosica hija o a Quijote amigo, y se baña reconfortado en sonrisa

dulce. Bueno. Ya está. Eso era todo. Pero Dios por encima de todo. Esto sí que es inmutable y eterno.

Y Cervantes sigue. Hiende sus manos en la tierra y sus manos son ya tierra fructificada. Empieza a escribir: Humanidad y más humanidad, tierra y espíritu. «Carne con espíritu de pueblo». Nuestros pueblos. Sabrosos pueblos de Bodas de Camacho y de lengua rica, fluida, rezumante. No conozco una prosa como la del Quijote. Es un banquete, un banquete castellano de pan y enjundia. Nos deja un regusto de hartura satisfecha y nos sentimos ahitos de sustancia. Si no fuera por la equilibrada composición del párrafo, yo diría, empachados.

Mas Cervantes no ha olvidado a Italia, ni a Virgilio. No puede olvidarlos. Se le esconde el clasicismo dentro, implacable, como un eje imaginario, sin cuerpo y rigidez. ¡Sin cuerpo y rigidez! He aquí el clasicismo de Cervantes.

En lo más íntimo de su sentido estético, un anhelo de perduración por la forma. Cervantes no puede ser un poeta porque Cervantes no puede ser un lírico. La lírica es una embriaguez inconsciente y lo más contrario a la individuación. El lírico no es el que expresa sentimientos propios sino el que se siente poseído en mística participación de los sentimientos pan-humanos, que son la misteriosa corriente que unifica a los hombres. El lírico canta amor. He dicho canta amor. Ni canta su amor, ni canta al Amor El poeta antiguamente no escribía, hacía música y danzaba. Esta era su expresión más pura. Después, el poeta cantó con palabras, después como una supervivencia del ritmo queda la rima y, ahora sin rima, ya los poetas escriben una prosa cortada, de puntos y comas. de excitación y atropello. Una prosa pictórica, pudiéramos decir. Como es la poesía china en su origen. No se escribe flor, se traza un signo que sugiere a la vez idea de perfume, flor, blancura; y a un lado otro que evoca idea de amor, anochecer,

amada. Y los dos signos se entrecruzan en la imaginación del que ve con hilillos misteriosos y oscuros que de ninguna otra manera se hubieran podido sugerir. La lírica ha de tener siempre algo de impreciso, de insconciente y de inefable.

Pero Miguel de Cervantes no sabe esto. Una y otra vez persigue a la poesia pero—esto sí que lo sabe—«el tiempo no puede desbastar el duro tronco de su ingenio». Hay siempre soterrado, inconsciente, un amor a la plástica y a la arquitectura. Cuando nos habla de las dos poesías en el Viaje al Parnaso su equivocación es manifiesta.

Y no sabe que la poesía es así. «Grande amiga de bodas y bautismos, larga de manos y corta de cerbelo... No acierta a pronunciar..» Este es el verdadero triunfo de la embriaguez dionisíaca en el mundo.

Cervantes no entiende. Su clasicismo le dicta lo consciente. Para él las cosas han de tener «vislumbre de posibles, de dulces. de suaves y de ciertas». Y su prosa es plástica. Maravilla de forma renacentista con material castellano. Por esto es una prosa caliente y viva de nervio y mesura, de discreción y donaire. Cervantes ya ha salvado la Belleza.

¿Y la verdad? No llega a empequeñecerla.—Aun estamos en pleno siglo de optimismo racionalista—. La Verdad es el Bien—dice Cervantes y es sobre todo la Justicia. ¡Qué angustiosa esta inquietud en Cervantes! Aquí no hay relativismo. La Justicia es única, La Justicia no es ajustarse. Pero él no ve más justicia que ésta; la que se pliega, la que se dobla ante los grandes, ante la ambición, ante la duración Y esto nó. Cervantes ha de redimirse. Aquí sigue héroe de espada y destino eterno contra ésto y aquello: Clacicismo perdurable, pero es ansia de paraíso incontaminado.— ¡Dichosa edad y dichosos siglos, en que no se conocían estas dos palabras: El tuyo y el mío...!

La salvación por la lanza, por los gitanos, por los pícaros,por los vagabundos, por los pastores.

«Nosotros somos los jueces y verdugos de nuestros amigos, no vamos a la justicia a pedir castigo. No nos fatiga el hemos de perder la honra ni nos desvela la ambición de acrecentarla, ni sustentamos bandos ni mendigamos a dos memoriales, ni a acompañar magnates, ni a solicitar favores».

Cervantes, esclavo de lo cotidiano, lanza un Quijote loco, loco de justicia.

Abrid el Quijote. Abrir el Quijote es como abrir la Biblia. Siempre para cada desfallecimiento, un Salmo, para cada huída, un camino recto. Una estética desenfrenada en ambos, sin la tímida elegancia de los mediocres. Don Quijote ha vencido un dios implacable: el ridículo. Porque hay que prender el corazón en las cosas si queremos que éstas se nos entreguen. Hay que ser cada uno el primero y dejar atrás la cómoda cueva de nuestra intimidad.

Hay--Cervantes lo dice—que estar «fuera de sí». Sin miedo, melindre, ni hipocresía.

"¡Hoy de mi mismo y de mi patria salgo¡"

¡Maravillosa salida de Don Quijote al alba¡

«La del alba sería cuando D. Quijote salió de la venta».

¡Como en un salmo de David!

¡Señor! Escucha mi clamor. Me levantaré a tí de mañana y alabaré tu nombre.

Aquí David, otro divino loco entre los hombres. Cervantes lo sabe:

Dínoslo tu, David, que aunque parece

loco en poder de Agnis, de tu cordura, fingiendo el loco la grandeza ofrece.

¡Fingiendo el loco! Porque Cervantes ha llegado a una conclusión suprema. Hay que fingir la verdad sí queremos que nos entiendan.

Cervantes, clásico, ha encontrado la verdad auténtica de la acción sin razón. Olvida la razón. Vivir justicia, defender justicia, no razonable. Cervantes vuelve loco a su Don Quijote para no volverse loco él mismo.

Cervantes, fracasado poeta, fracasado dramaturgo, fracasado hombre de acción, siente dentro de sí un ansia gigante de perduración y engendra de su angustia este grito de rebeldía que es el Caballero de la Triste Figura. Aquí--Cervantes no lo sabe—ha encontrado la poesía; ha encontrado el lirismo. Embriagador lirismo de una vida entregada, lanzada, poseída. Esta es la palabra. Poseída. Don Quijote y Cervantes poseídos de un dios. No ya la justicia, sino El Justo. El que habló:

«Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia».

Don Quijote y Cervantes. Un hombre y un héroe. Dos héroes o dos hombres, solos, locos, iluminados, caballeros andantes entre el cielo y la tierra.